

## La nada y lo humano. Hacia una concepción antropológica centrada en la vacuidad

Héctor Sevilla Godínez. Universidad de Guadalajara (México)

Recibido 18/9/2021

### Resumen

En las siguientes páginas el lector encontrará una propuesta de concepción antropológica derivada de asumir filosóficamente a la nada. La intención de este artículo es expresar veinte consecuencias concretas derivadas de ser un nihilista comprometido en el mundo contemporáneo. Entre otras cosas, la concepción antropológica propuesta en estas líneas es congruente con el hecho de que el humano es debido a su propia nada y que sólo puede creer que conoce, que es arrojado al mundo, que su voluntad es imaginaria y que es increado, finito, contingente, temporal, leve, sin certezas y sin sentido; en el artículo se explica, igualmente, la necesidad humana de crear dioses y lo que el hombre vive tras saberse móvil en un mundo que está inserto en el caos y en el cosmos simultáneamente.

**Palabras Clave:** Nada, Humanidad, Antropología, Vacuidad, Nihilismo.

### Abstract

#### Nothingness and the human Towards an anthropological conception focused on vacuity

In the following pages, the reader will find a proposal of anthropological conception derived from philosophically assuming nothingness. The intention of this article is to express twenty concrete consequences derived from being a committed nihilist in the contemporary world. Among other things, the anthropological conception proposed along these lines is congruent with the fact that human is because of his own nothingness and can only believe that he knows, that he is hurled into the world, that his will is imaginary, and that he is un-created, finite, contingent, timely, and light, without certainties and without sense. The article likewise explains the human need of creating gods and what man lives after knowing himself to be mobile in a world that is inserted simultaneously into chaos and the cosmos.

**Key Words:** Nothingness, Humanity, Anthropology, Emptiness, Nihilism.

eikasía  
REVISTA DE FILOSOFÍA

# La nada y lo humano. Hacia una concepción antropológica centrada en la vacuidad

Héctor Sevilla Godínez. Universidad de Guadalajara (México)

Recibido 18/9/2021

## Introducción

La concepción que se tenga sobre el ser y la nada implican una consecuente estructura para entender lo humano. Las concepciones antropológicas derivadas de una metafísica centrada en la nada suponen un evidente cambio de paradigma. Darle una sustantivación a la nada supone una alteración de los modelos convencionales sobre los que se asientan las definiciones antropológicas desde las que se han generado las instituciones humanas. Concebir el hombre desde el punto de vista de la vacuidad propicia un replanteamiento de lo que significa el progreso humano. La modificación de nuestra concepción del ser, para hacer notar su dependencia de la nada, equivale a restaurar la visión antropológica desde la que todo constructo restante se erige. A continuación serán mostradas las implicaciones de veinte concepciones sobre la nada en la vida humana.

23

Nº 102  
Septiembre -  
octubre  
2021

## § 1. El humano es debido a su propia nada

Si *la nada es*, se implica que tiene un carácter ontológico inverso al conocido, en cuanto que *es no-siendo*, esto trae repercusiones directas en todo lo que es. El humano, como ente que contiene el ser, aloja una nada en el sentido de que su ser la implica a manera de correspondencia. Análogamente a la muerte que existe debido a la vida, también el ser existe debido a la nada. El ser del hombre está apoyado en la nada que lo sostiene. Sólo en la medida en que el hombre comprenda su propia nada podrá establecer una conexión más real consigo mismo.

La nada precede a la existencia; posteriormente, si la existencia *es*, el contacto con la nada continúa sin que ésta se desvanezca; la nada participa a manera de periferia de

lo existente. El ente tiene un límite debido a su ser, más allá del límite está la nada. Sobre sí mismo está también la nada latente, posible, su no-ser. No estamos conformados de un ser y la nada, sino como un ser *en* la nada.

Tratar de incorporar una noción absoluta del ser, pretendiéndolo sostenedor de nuestra entidad antropológica, no es más que una postura absolutista. Ciertamente hay algo absoluto detrás y encima nuestro, pero no es el ser absoluto, sino la nada.

## § 2. El humano cree que conoce

En consonancia con la idea de que *la nada es incognoscible*, puede concluirse que no es controlada por el intelecto. La nada supone algo mayor que la capacidad humana de comprenderla. No es factible conocer lo que supera nuestro entendimiento; de modo que la nada, de entre todas las cosas, es lo que más escapa a nuestra manera de describirnos el mundo. La implicación antropológica que de esto deriva es que permanecemos imposibilitados del conocimiento verdadero o del contacto real y objetivo con lo que nos rodea. El contexto nunca es interiorizado tal como es, puesto que continuamente lo distorsionamos con explicaciones personales enraizadas en parámetros lingüísticos, estructuras y supuestos con los que formamos los paradigmas de nuestra hermenéutica cotidiana.

Incluso la valoración absolutista de la ciencia se desprende de un paradigma que puede ser relativizado si consideramos que usualmente está formado por legitimaciones consensuales que un conjunto de individuos ha establecido como parámetros de verdad. La construcción simbólica ineludible, de la que somos parte, vuelve considerablemente indigno de confianza el supuesto de que la Verdad se encuentra a nuestro alcance. El humano, creyendo conocer, sólo es capaz de interpretar a partir de los supuestos que adquiere de los esquemas culturales dominantes de su época.

Debido a que todo puede modificarse, la nada provoca que nuestras percepciones sean modificadas y las introduce en su caparazón para que dejen de ser. En este panorama no resulta constante ninguna postura ante la realidad, pues aun ésta es cambiante. Así como cambian las percepciones cambian también las posiciones de quienes las perciben; cada persona modifica su posición ante el mundo alternando su

propia postura sobre lo que existe. Al cambiar estas percepciones, también es factible modificar el discurso que comunicamos a otros; a su vez, ellos recibirán y transmitirán una distinta información de acuerdo a sus propias modificaciones. Al final, la suma de percepciones arroja siempre una distorsión. Aun cuando la ciencia suponga una intención unificadora, siempre será subjetivada por los parámetros que suponen que algo sea o no científico, de acuerdo con la opinión de los científicos.

Todo presunto conocimiento es una creencia que se encuentra condicionada al consenso de un grupo. Aunque el conocimiento pueda ser constatado y comprobado por la experiencia, no está exento de la contingencia de éstas; en otras palabras, la experiencia no implica la verdad sobre lo vivido, sino sólo la reiteración de hechos específicos que refuerzan nuestra opinión al respecto. Siempre que conocemos algo estamos sujetos a la variabilidad de nuestra perspectiva y del contexto desde el cual apreciamos lo conocido.

### § 3. El humano es arrojado al mundo que es arrojado a la nada

Considerando que *la nada contiene el mundo desde fuera y dentro de él* se admite que la nada está implicada con la realidad humana. En su momento, los estoicos suponían que la nada se encuentra alrededor del mundo y que en esa nada el mundo se sostiene. El mundo está pues, de alguna manera, simplemente arrojado sobre la nada, cobijándose de la misma. Asimismo, tal como concibió Heidegger, el hombre es arrojado al mundo, y éste es un mundo arrojado a la nada. El humano se encuentra inmerso en un mundo que es finito, que ha sido forjado a partir de lo causal y que no tiene otra manera de estar que rodeado del mismo espacio que no le pertenece.

El humano no está protegido por una fuerza ni delimitado por ningún destino, se encuentra en medio de algo que está en medio de la nada. No podemos ser mayores que el universo que nos rodea. Por ello, un primer paso para la comprensión de la nada consiste en reconocer la pequeñez de la propia corporeidad, aceptar la fragilidad que esto supone y ceder ante la imposibilidad de superar tal limitación, a pesar de los esfuerzos que desde la vanagloria y la soberbia realice nuestro ego. A su vez, el universo tampoco podrá ser mayor que la nada que ha sido antes y será después del universo.

No se trata aquí de invitar al pesimismo o a la autodestrucción debido a la pequeñez que nos configura; entender eso es no entender bien. De lo que estamos hablando es de la humildad necesaria que debe desprenderse de vivir en tales condiciones. Esta actitud nos puede permitir comprender que los demás comparten la misma condición. Bajo estas circunstancias, no hay clase social ni apariencia que pueda distinguirse. Todo humano comparte la pequeñez, a pesar de los intentos por esconderla tras el linaje, la riqueza o el poder.

#### § 4. El humano es un ser con voluntad imaginaria

Partiendo de la noción de que *la nada no tiene voluntad* no cabe admitir ningún tipo de destino. No hay Alguien sobrehumano que controle la vida, pues resulta ingenuo pensar que la nada o cualquier otra esencia superior contenga una facultad apetitiva cuyo surgimiento requiere de un aparato mental que estructure sus deseos para así convertirse en un ser todopoderoso con voluntad.

Nos encontramos inmersos en una vorágine de posibilidades. Queremos creer que decidimos y que emitimos juicios puros, naturales, objetivos, fenomenológicos, cuando en realidad sólo mostramos nuestra diminuta visión del mundo. Toda visión, por descontado, es ya de por sí una distorsión. Pues bien, si la voluntad consiste en desear algo específico por nosotros mismos, la voluntad, como facultad apetitiva, no es nunca nuestra en sí misma.

Puesto que las representaciones que hacemos de la realidad no son verdaderas, sino distorsiones individuales, colectivas y culturales, la real decisión y la precedente voluntad están siempre sostenidas por algo que no es nuestro aunque esté en nosotros. Más que el distintivo que faculta a la libertad, la voluntad es la evidencia de la programación que hemos recibido. Si la voluntad es dependiente del conocimiento, entonces no hay voluntad propia sino únicamente representaciones de la voluntad.

#### § 5. El humano no tiene Dios, pero construye dioses

La nada no es una deidad porque de ser así estaría concretada, lo cual la haría perder su esencia de nada. A su vez, el humano, al saberse sin Dios, ha necesitado *crear*

dioses que le den un sentido mayor a su vida. No obstante, si no se asume la nada se tendrá que voltear a los cielos en busca de alguien que jamás responderá. Como el cielo no suele presentarse, se ha requerido de interventores o supuestos representantes de Dios en la Tierra que dicen hablar en su nombre; tales individuos se acreditan el poder de definir la voluntad de la deidad. Es decir, se asume que la deidad es autista y no puede expresarse, de modo que requiere de traductores manifiesten lo que Dios quiere. No ha caído el telón que termine de una vez con las religiones que tanto daño y conflicto han generado en el mundo.

Estos dioses creados han sido una muestra de la necesidad humana de encontrar sentido. Tan ávidos estamos de absolutos metafísicos centrados en el ser que no podemos captar la nada que está frente a nosotros, debajo y por encima. Ha sido un error suponer que debemos nombrar la deidad, cuando lo absoluto no tiene forma ni nombre. Se requiere valentía para buscar respuestas y encontrar sólo silencio. Asumirse contenido en la nada ofrenda la virtud de no volverse inventor de dioses a nuestra imagen y semejanza.

## § 6. El humano está contenido en la nada

La forma en que surge el ser a partir de la nada continúa siendo un misterio. El hecho de que *la nada contiene el ser* puede ser admitido tras reconocer que no hay manera concreta de responder dónde nos encontrábamos antes de nacer sin implicar, al menos en cierta medida, la idea de una nada contenedora. Morir no es el no-ser, sino que el no-ser viene tras la muerte, la cual es el acontecimiento derivador del no-ser de lo que ha muerto. Antes y después del espacio temporal de la vida está la nada.

De cualquier modo, la nada se encuentra en lo ordinario de la vida. ¿Cuántas de las cosas creadas que ahora son, antes no eran? Evidentemente todas. Además, si consideramos que las cosas que ahora son y que todos los actos que hemos realizado no eran los únicos que tenían la posibilidad de ser o de haber sido realizados, comprenderemos que hay personas, cosas o actos que no lograron ser y que permanecerán siempre en el manto de la nada. Cuando una persona muere, su ser es poseído por la nada y todo lo que podría seguir haciendo en su vida se ha reduce a la imposibilidad.

No hay motivo para tratar de recordar lo que éramos antes de nacer (logro improbable al no haber aún neuronas que contuvieran tal recuerdo), sino abrir los ojos a lo que no se ve, ejecutar otro tipo de mirada que nos permita descubrir que no tenemos creador.

### § 7. El humano increado

Al entender que no hay una voluntad proveniente de la deidad y que *la nada no es creadora* logra asumirse que, si bien es cierto que el hombre ha sido arrojado, nadie lo ha arrojado sino sólo la causalidad. Que el hombre no haya sido creado supone la negación de que sea imagen y semejanza de algo superior. Como el ser sólo es una contraparte dependiente de la nada no hay posibilidad de que logre una semejanza con ella, a pesar de su evidente interacción. De tal modo, el humano increado debe asumir la inexistencia de todo tipo de voluntad omnipotente sobre su propia vida, y de ejercer su precaria construcción de un motivo por el cual vivir.

Que el humano no haya sido creado por una voluntad superior no sustrae su propia posibilidad de crear; de hecho, es por ello que se ha dado a la tarea de crear para sí una historia de la creación. Otras novedosas creaciones humanas se asocian a las categorías con las que divide y jerarquiza sus propios problemas, sus traumas, sus arraigos, sus apegos, sus fantasías, sus moralidades, sus prejuicios, sus temores, sus fracasos y sus desesperanzas. También hemos necesitado crear el amor, la ilusión, la fidelidad y las ideas de incondicionalidad. Ahora bien, no todas estas elaboraciones deben ser desterradas de la posibilidad de ser vividas, pero es recomendable tener claro que todo individuo que asume la nada reconoce la quimera implícita en tales invenciones. Hay ficciones necesarias para vivir, siempre y cuando el guionista creativo de su propia neurosis tenga cierto control sobre ellas.

### § 8. El humano es finito

En función de que *la nada es increada*, los entes que pertenecen al ámbito de lo creado espontáneamente están llamados a su retorno a la nada. En ese sentido, no hay algo más seguro para el humano que su desenlace. La finitud de la vida individual

representa el ineludible deceso de nuestra existencia. La vida y la muerte, no están sujetas a nuestra preparación o a la espera de ellas.

La implicación deseable que supone la finitud de la vida es el reconocimiento del momento actual como la única pertenencia personal. El instante presente es lo único que realmente se posee, somos conciencia del presente o conciencia presente de las cosas. Concentrarse en el presente requiere el compromiso de una mayor percepción del momento, lo cual está dotado de virtud. Todo lo humano es finito; por ello, lo humano que cada uno posee es más finito aún. El *yo* es una creación de la conciencia para designar aquello a lo cual está referida la corporeidad que, a la vez, mantiene a la conciencia en un solo lugar. Estamos tan sujetos a la conciencia que dependemos de ella, a pesar de que no constituye nuestra identidad esencial. La nuestra es una conciencia que no logra captarlo todo por estar delimitada en la temporalidad.

### § 9. La contingencia humana

En el entendido de que *la nada no tiene contingencia*, en cuanto que no depende de otra cosa para ser lo que es, lo humano se convierte en derivación de una serie de contingencias precisas. En tal óptica, la conciencia es contingente debido a que requiere de las cosas, el cuerpo o lo externo, para ser conciencia de algo. Si la conciencia no es conciencia de algo se vuelve conciencia de nada y pierde su labor sustancial. En ese sentido, si la conciencia es contingente vuelve contingente al humano que depende de ella.

El humano está sujeto a múltiples sucesos de los que no tiene poder ni control, por ello es contingente. Si nuestra intención es mantenernos con vida, debemos asumir que dependemos del aire, del alimento, del agua, de la nula caída de meteoritos, de no ser asesinados por otros entes sociales y de muchas cosas más. Seguir con vida es resultado de una serie de conexiones sucesivas con las que tenemos una innegable relación de contingencia. En este panorama se refuerza la idea de la levedad implícita de la vida. Ser un humano es ser contingente, entre otras cosas, debido a la corporeidad.

La nada se relaciona con la contingencia humana en el sentido de que ahora seguimos vivos en virtud de que algunas circunstancias no han sucedido. Del mismo

modo, hemos mantenido la vida en función de algunas cosas que no eran y que después pudieron ser. En razón de una serie casi interminable de sucesiones fue posible cada nacimiento. No sólo guardamos una relación de contingencia con aquello que es y vemos, sino también con mucho que no vemos o con aquello que nunca llegará a mostrarse.

Al final, las relaciones de contingencia son una reproducción de la interacción existente entre el ser y la nada. Mientras exista tal interacción persistirá el tiempo. El humano es una muestra de tal interacción, por ello el humano transcurre en el tiempo.

### § 10. La inevitable temporalidad de lo humano

Solo *la nada es atemporal* por no ser contingente y no requerir ningún tipo de movimiento o cambio para seguir siendo lo que es. La nada se mantendrá siendo aun cuando sólo ella sea. Incluso tras la aniquilación de toda materia, la nada seguirá siendo. Por el contrario, lo humano es una pequeña porción de la historia de la Tierra, un diminuto trozo de la existencia del universo. Nacer es una oportunidad, un poco de tiempo que hemos robado a la nada para intentar descubrirla.

Que lo humano tenga una temporalidad sugiere que la civilización que hemos gestado desaparecerá, que nada será, que al final todo habrá de terminar y que cualquier preocupación, proyecto, construcción, interés, motivo o sentido tendrá su desaparición con el desenlace de lo humano.

Lo humano no es lo único que perecerá, el mismo provenir corresponde a las plantas y al resto de animales. Incluso estas otras formas de vida tienen una temporalidad prevista. Bastaría con algunos cambios en la atmosfera terrestre para que este planeta que habitamos no admita la vida y sea imposible continuar existiendo aquí. La inexistencia de lo humano no modificará más que a favor la existencia de las demás entidades materiales del universo. Una de las ganancias de la inexistencia humana sería, entre otras, la menor polución y la disminución de la contaminación.

Crear que con la desaparición de lo humano se diluirá el universo constituye un tremendo error del solipsismo. Puede no haber significados del universo al no haber significador, pero el universo evidentemente continuaría. La temporalidad de lo

humano abarca lo finito del hombre en un sentido individual y colectivo. Si nada quedará de lo humano, corresponde dirigir la atención a su inobjetable levedad.

### § 11. La levedad de lo humano

En contraste con el reconocimiento de que la nada es absoluta, al humano le corresponde admitir su propia levedad. En la contemplación de lo absoluto sólo resta la evidencia de la propia pequeñez. La devoción más profunda sólo es a aquello que no es.

En ese sentido, “la autoidentidad no es un realce de un elemento de la realidad o un atributo, sino simplemente el modo de afirmar el hecho de que si cada cosa tiene una identidad propia no es debido a algo interno –un principio sustancial–, sino que se basa en la localización del mundo relativo del ser en un absoluto de la nada” (Heisig, 2002: 100). De tal manera, la ubicación de la levedad, o la identificación del ser de lo humano, se realiza mediante la visualización del mismo humano dentro de la nada. Una visualización que implica un nivel de conciencia mayor.

No hay una esencia implícita en lo humano, sino que su presencia contenida en la nada es lo que constituye su mayor identidad. Un hecho mostrado por la evolución es que el humano ha debido adaptarse a las circunstancias que lo rodean, lo cual comparte con el resto de los seres vivos. El modo en que los hombres se adaptan a las circunstancias del ambiente, así como a los esquemas culturales que determinan sus cosmovisiones y paradigmas a partir del lenguaje y de la reproducción social, muestra una esencia promotora del cambio a través de la movilidad humana hacia la adaptación. No estamos llenos, somos entes con huecos que nos fuerzan a la adaptación. No hay naturaleza humana como tal, sino una condición humana maleable, adaptable y modificable a partir del contexto. La movilidad que esto supone constituye nuestra levedad

Si el humano se modifica en consonancia con las condiciones de su vida personal y a través de los esquemas que aprende y desaprende, cabe cuestionar que exista un único esquema, cultura o moralidad correcta; lo anterior nos remite a la necesidad de asumir la imposibilidad de certezas en lo humano.

## § 12. Humanos sin certezas

Bajo la consigna de que *la nada produce la ruptura de toda certeza* se desvanece la confianza en las verdades y éstas se convierten en quimeras cambiantes. Debido a la vacuidad de nuestros argumentos, nuestras concepciones sobre lo que es verdad son solamente ficciones. Lo que creemos ahora podemos no creerlo después, así como lo que hoy no creemos podemos creerlo más adelante si nuestra óptica evaluadora se modifica.

La implicación de esto es muy amplia: supone que las discusiones debieran convertirse más en un diálogo y menos en una disputa inocente en la que ambas personas creen tener la razón. No obstante, concedemos la razón sin contar con certezas, de modo que no hay productos de la razón que ofrezcan certeza inamovible. Los humanos utilizamos la razón, pero los productos de la razón no son *la* razón sino sólo suposiciones. Hemos caído en el error común de interpretar el lenguaje cuando suponemos que “tener razón” es tener certeza o que la razón es la certeza. Es como si cocináramos algo y al producto final de nuestro acto de cocinar lo llamáramos “cocina”. ¿Por qué habríamos de llamar “razones” a las conclusiones que hemos obtenido tras un ejercicio racional? Éstas no son razones, la razón es la que nos llevó a eso, pero “eso” son nuestras suposiciones conclusivas de un tema específico.

Más que tener razón o no, deberíamos preguntarnos sobre la certeza de lo que afirmamos y, en todo caso, preguntarnos si tenemos argumentos veraces en lo que decimos. Ahora bien, como la Verdad es una construcción no unívoca no hay certeza sobre conocer la Verdad; lo anterior supone el entendimiento de que no se tiene la razón, sino que realizamos ejercicios racionales que se derivan de las propias apreciaciones.

Sin embargo, si considero que razono desde mis razones es obvio, siguiendo los mismos términos, que no tendré razón universal en mis conclusiones particulares y que éstas no se llaman “razones” sino simplemente conjeturas personales a partir de los propios elementos racionales. El producto racional no es necesariamente infalible y, al no haber infalibilidad, todo proceso que suponga conclusiones silogísticas está llamado a ser fallido y erróneo, nulificando así nuestra posibilidad de certeza plena.

Podríamos confiar un poco más en nuestras conclusiones si éstas fuesen generadas por el conocimiento total de lo existente, lo cual es evidentemente poco probable. Pero aun así, si algún individuo fuese capaz de acumular todo el conocimiento sobre lo que existe (cuestión obviamente figurada), sus saberes aprendidos se mantendrían enraizados en tradiciones anteriores y en construcciones simbólicas que otros han escrito o transmitido desde su propia visión paradigmática; de tal modo, tales conocimientos generales podrían ser un no-conocimiento o una parcial falsedad que hemos creído. Una cosa es poseer datos y otra es la manera de asociarlos para generar productos conclusivos a partir de esos saberes.

Ni la eventual posesión de todo el conocimiento nos exentaría de la posibilidad de errar en nuestros discernimientos. La esencia de éstos es su posibilidad de estar errados. Así como todo ser está enraizado en la nada, toda afirmación está fundada en el error que supone su construcción sostenida en razones limitadas y poco certeras así como en discernimientos tendenciosos inevitables. De tal manera, toda afirmación tiene en sí misma su negación.

### § 13. Lo humano y lo posible frente a él

La existencia de la vacuidad permite la movilidad y, en tal sentido, *la nada faculta las posibilidades de cambio*. En su momento, Sartre consideró que la libertad humana facultaba las decisiones. No obstante, contemplar la vacuidad conduce a la comprensión de la imposibilidad de la plena libertad. Si existen múltiples posibilidades y preferimos unas sobre otras debido a nuestras perspectivas, no hay una libertad sostenible puesto que las elecciones están sujetas a un condicionamiento evaluador que nos rige. Las opciones que tomamos son preferidas en función de nuestra expectativa de que sean, en efecto, las mejores opciones; de tal modo, siempre existe la posibilidad de que lo que elegimos no sea lo idóneo. En tal sentido, nuestra consideración sobre la elegibilidad de una opción sobre otra está centrada en el modo en que concebimos lo idóneo, lo cual también está en constante modificación. Ello nos lleva a la aceptación de la imposibilidad de pensar siempre igual y al hecho de que lo posible no sea concebido en su totalidad, lo cual ocasiona decisiones parcialmente ciegas.

Por todo ello, la encrucijada se deriva de que no hay tal cosa como *lo* correcto. Desde esta perspectiva, de manera poco evitable, la vida es impredecible. Somos esclavos de nuestras expectativas recubiertas por el halo de la ilusión, por aspiraciones que están centradas en inciertas posibilidades futuras. Decidimos no sólo en función de los hechos, sino también delimitados por las posibilidades. En toda ilusión encontramos la expectativa de materializar el éxito, de modo que la ilusión se mantiene en función de un hueco, un vacío que intentamos llenar.

Reconocer que vivimos a partir de posibilidades y que éstas pueden ser variadas, casi interminables, nos permite asumir que las cosas pueden ser de varias maneras. Se trata entonces de romper el quietismo reflexivo, de ampliar las perspectivas, de modificar los hermetismos insertos en la propia visión. La vida no es un papel en blanco en el que hay que escribir, sino que es un largo pergamino en el que muchas plumas escriben sin que nos demos cuenta. Al ser así, no hay claridad hacia un solo sentido, puesto que éstos son muchos y, de los que son, ninguno es unívoco.

#### § 14. El sinsentido de lo humano

34

De la nada venimos y a la nada volvemos. Previamente a la existencia personal, antes del surgimiento del mundo, la nada era. Vinculada a su categoría de atemporalidad, *la nada es preexistencia y culmen* de lo humano y todo lo existente. El tiempo está cercado y fronterizadamente englobado por la vacuidad. La nada es la circunferencia que siempre hemos visto desde dentro.

Cuando hablamos de un “sentido” nos referimos a un punto al cual llegar, un puerto de arribo, una línea que es apuntada por la brújula de nuestra vida. Si tenemos la osadía de reconocer que no hay una fuerza mayor a nosotros que determine nuestro camino, entonces admitiremos que no hay camino marcado. Si además reconocemos que no hay conocimiento certero y que éste es cambiante, entonces menos posible es un sentido unívoco. Pese a ello, podemos vivir ilusamente pensando que tenemos un sentido único y que además ha sido marcado y definido libremente por nosotros. Nos esforzamos por seguirlo de manera lineal y creemos con firmeza que somos nosotros los que optamos con libertad. El sentido es una ilusión más para tratar de dotar de razón a la vida.

El sentido puede ser caótico, no siempre es lo que vemos o decidimos; la vida lleva una dirección y esa dirección es a todas partes. Suponemos que somos libres cuando nos movemos en función de nuestra voluntad, pero un trozo de libertad nos pertenecerá cuando logremos soltar la obsesión por la libertad misma. Permitir el vaivén es una mejor resolución, tal como lo hace el estoico que permanece firme como una roca ante el movimiento de las olas en el mar de su cotidianidad. Incluso el día más bellamente soleado termina inevitablemente en una noche oscura. Los sentidos de vida pueden desplomarse. Querer construir un sostén inamovible cuando lo único constante es el vaivén constituye una evidencia de contradicción y ceguera ante nuestra ineludible estructuración condicionada.

### § 15. La ineludible estructuración de lo humano

No sólo es una condicionante el hecho de ser anteceditos y por la nada, sino que la vida misma está situada en su espacio. *La nada nos condiciona* y esto genera que las situaciones sean proclives a la modificación, que el cambio persista, que todo pueda ser y después no ser.

El ser que invade nuestra entidad está invadido a la vez por la nada. En el fondo, nuestro cimiento es una nada estable que desestabiliza, de modo que no logramos ser autosuficientes, ni tampoco podremos ser independientes del entorno o del vaivén de las circunstancias interconectadas entre sí. La naturaleza de lo humano es, en todo caso, la maleabilidad derivada de su vínculo con la nada. No hay manera de desestructurar la dialéctica con la nada puesto que todo lo que *es* está enraizado en ella misma para ser. El único requisito para la contingencia es existir. Sólo la nada escapa de la contingencia.

Contemplar la vacuidad representa un modo de vivir que es distinto al que hemos orquestado durante la historia de la humanidad. El individuo humano se ha visto forzado a llenar sus huecos con estructuras (dogmas, esquemas, reglas, modelos, paradigmas), tratando de apaciguar el miedo; no obstante, las mismas estructuras han generado más miedo aún. Algo en nosotros no se conecta con tales estructuras debido a nuestra desestructuración original. Obviamente, no es prudente asegurar que los humanos seamos esencialmente desestructura en cuanto que no seamos algo, sino que

lo que somos es debido a que contenemos una nada esencial. La desestructura es la manera más original de estar e incluye el estado primigenio que nos es natural.

No se propone la idea de que no debamos construir cualquier cosa puesto que esencialmente somos desestructura. Se trata de construir desde una base más íntima para que, tras asumir las nuevas situaciones de nuestra vida contextualizada, podamos reconstruir y modificar lo anterior. La función más íntima del constructo es ser destruido. Lo anterior es lo que lleva a aceptar la movilidad de lo existente y a dejar de lado el anhelo de construir motivos inmóviles. Si un individuo entiende que ha construido en sí mismo edificios que le son molestos y que impiden su espontaneidad, entonces tendrá que destruirlos poco a poco, aun cuando esto suponga una leve autodestrucción. Al final, si ésta es la intención, un poco de autodestrucción puede ser realmente constructiva. Siempre es preferible autodestruirse parcialmente con el afán de reconstruirse, antes que ser destruido completamente y quedarse sin posibilidades. Dicho de este modo, se debe asumir que el cambio es posible, incluida nuestra percepción sobre la imposibilidad de cambiar.

## § 16. La movilidad de lo humano

36

Nº 102  
Septiembre -  
octubre  
2021

Cualquier acontecimiento, sin importar si es visto o concebido, está asociado mayor o menormente a nuestra vida de maneras imprevistas e inimaginables. Que lo existente tenga contingencia se deriva de que *la nada implica el movimiento en el ser*. Tal como solía afirmar Heráclito, lo único permanente es el cambio. El paso del tiempo es cómplice del movimiento de las cosas, de su reconfiguración o desfiguración. Ninguna flor permanece abierta todo el tiempo, todo lo que es puede no ser y algunas cosas que ahora no son, después podrán ser.

Además del hecho de que el humano es finito y temporal, no hay posibilidad de un sentido unívoco para la existencia, pues el cambio supone la multiplicidad de captaciones posibles de sentido. Además, que el humano sea móvil le impide afianzarse ontológicamente, de modo que se encuentra obligado a depositarse en creencias o costumbres. El humano cambia porque altera su manera de observar la realidad; a la vez, su estilo de observación se modifica porque la realidad observada también es móvil. Todo cambia, por ello existe el tiempo en el mundo de lo tangible.

Al ser móvil en un mundo móvil lleno situaciones cambiantes, el humano se entrelaza con el tiempo.

Sólo la nada no cambia, no se vuelve medible temporalmente y permite el movimiento en sus distintos modos categoriales. La nada requiere mantenerse *siendo* lo que *es* para posibilitar el constante cambio del mundo tangible. La nada que permite el cambio es lo único más constante que el cambio permitido.

### § 17. El humano en caos

En algunos casos se alude que *la nada está asociada al caos* y esto puede vislumbrarse como una realidad lamentable; no obstante, la idea del caos suele ser utilizada para describir alguna situación que no podemos explicar porque su complejidad supera nuestra explicación. La movilidad constante que entraña los cambios específicos nos genera, por nuestra percepción limitada, la impresión de un mundo caótico. En realidad, configuramos nuestra noción de caos debido a nuestra incapacidad de percibir todas las conexiones entre los acontecimientos.

El caos que percibimos no es evitable, es parte de lo que el humano hereda para su propia vida. El miedo de no tener todo bajo control puede conducirnos a negar la imperfección, pero jamás hemos tenido la real posibilidad de controlarlo todo; irónicamente, la intención de poseer un poderío absoluto sobre las cosas, en el afán de controlarlas, constituye un engaño que ejerce control sobre las personas.

Con especulaciones pretenciosas buscamos escapar de la fría causalidad, pero los acontecimientos se derivan de cuestiones más simples que las explicaciones que buscamos dar. Con sentido o sin él, nuestro pasado es un hecho, no hay manera de evitarlo; pero esto no es porque haya un misterioso motivo sobrenatural que haya elegido tal o cual vivencia, sino que cada individuo, en el caos mismo de un supuesto desorden, ha de construir el efímero sentido con el que pueda vestir de razones los acontecimientos que le suceden.

La vida es caótica a nuestra percepción, por ello el desorden es efecto de nuestra interpretación, la cual tiende a considerar el control como algo deseable. Debido a ello es que vemos lo incontrolado como caos. Evidenciar el caos implícito en el desorden personal en el que vivimos puede ser benéfico para orillar a un despertar necesario.

No es probable asumir la aceptación del cosmos si no se contempla previamente el caos. Antes que el afán iluso de controlarlo todo hemos de anteponer la idea de un cosmos que no es destruido por el caos, sino que partiendo de éste se logra construir. El caos es parte integral del orden.

### § 18. El humano en el cosmos

Modificando la noción de una nada malévola que produce el caos adviene la conciencia de que *la nada está asociada al cosmos* y es parte de tal. Sólo el paso por la concepción del caos puede llevarnos a la conciencia del cosmos que envuelve al caos.

Que las cosas sucedan no es algo que responde a un plan futuro de alguien superior, sino que supone un presente que es coincidente con los aspectos que conducen a un determinado hecho. Esto lleva a pensar que, en efecto, lo que ha sucedido responde a una serie casi interminable de conexiones entre personas y sucesos. No hay hechos aislados, descontextualizados, separados o expulsados de la continuidad. Aun lo extraordinario está conectado a sucesos ordinarios.

Asumir el cosmos significa la aceptación de que hay un Orden sin ordenador, de que hay sucesos que acontecen por sí mismos debido al vínculo interminable de la nada con las cosas, el espacio, las personas y los vacíos que son llenados por las cosas. A partir de tales distinciones se establecen relaciones, conexiones e interdependencias que, multiplicadas a un número mayor, permiten que los acontecimientos sucedan. No hay un ordenador detrás de eso, sólo un cosmos que existe debido a que el resto de lo que existe *es*. El cosmos no se circunscribe a la coincidencia con nuestro orden deseado. Antes y después de lo humano hay un cosmos en el cual participamos de manera pasajera y limitada.

La única línea posible que podría entenderse como el curso de las cosas es la vía hacia su destrucción, muerte, aniquilación o desarticulación. El único sendero de lo existente es hacia la nada que nos abrazará al final con sus extremidades etéreas. Antes de eso no hay un curso obligado de las cosas. Si hubiese un *deber ser* pondría plenamente en duda el mundo de la diversidad, la cual supone que hay muchos modos de ser en lo que existe y no uno obligado o exclusivo. La diversidad no puede negarse debido a que es observable, presente y tangible.

De todo esto no debe derivarse que la actitud del humano ante la nada deba ser apática o festiva en su inacción. De lo que se trata es de hacer esfuerzos en función de que los acontecimientos, el futuro o nuestros proyectos prosperen como esperamos, pero siempre y cuando entendamos que el logro de lo deseado no se sujeta únicamente a nuestras acciones. Además, también ha de tomarse en cuenta que cuando nos sujetamos a cualquier rumbo que suponemos que las cosas deben llevar no estamos permitiendo el curso del orden desordenado, es decir, el orden que no se establece de una vez por todas, el orden flexible, el orden en función de la vacuidad.

Asumir el cosmos implica dejar que lo sea, permitir que las cosas tomen el curso del orden incognoscible e identificar cuando los esfuerzos personales son vanos o innecesarios. No esforzarse hacia afuera no exenta del esfuerzo interior de contención que permite a lo que es ser como es. Entender la dialéctica de la nada y el ser nos conduce, cuando es bien entendida, a experiencias de vivificación superior.

## § 19. El humano vivificado

Contemplar la vacuidad no conduce a la desolación, sino a la conciencia de que *la nada es vivificante*, en cuanto que es el punto de partida para la asunción de una filosofía de vida que acepta un compromiso mayor con la existencia.

Vivificarse en la nada no consiste en soltar el ser. Es por el ser que uno se vivifica, pero es por la nada en el ser, o por la circunferencia del ser en la nada, que tal vivificación es posible. No hay que morir para vivenciar la nada, no se necesita ser absolutamente nada para comprender que la nada es. La experiencia de la nada supone una desconexión parcial de las cosas del mundo, no consiste en habitar otras dimensiones ni viajar astralmente, se trata de una vivencia personal con la parte que está detrás de la náusea.

Vivificar la nada es ir más allá de las explicaciones convencionales, trascendiéndolas. Vivificar la nada no supone la felicidad, sino la identificación de las construcciones ficticias que hemos generado para tratar de ser felices. No hay una felicidad-meta por lograr, puesto que se es *ya* la meta misma. Vivificar la nada no es liberarse sino asumir la vaciedad que eso supone, es liberarse de la necesidad de ser libre. Vivificar la nada no es buscar la respuesta sino permitirle ser. Vivificar la nada

no es conectarse con nuestras ideas de Dios, sino más bien adherirse a la idea de lo absoluto desconocido. Vivificar la nada no es dejar que las cosas sigan su curso, sino entender que no hay un curso de las cosas fuera de su curso a la nada. Vivificar la nada es tocar el límite, acariciar el borde de lo absoluto con las manos temblorosas.

Vivificar la nada es llegar al límite de uno mismo, dejarse seducir por el silencio, es no distinguir la vida y la muerte, el bien y el mal, la locura y la genialidad. Estar al límite es dejar que la nada sea, es entender que no hay límites y que todo es uno. Vivificar la nada es, a lo sumo, entender que incluso el entendimiento de la Nada es ilusorio, pues Aquello que todo lo posee no puede ni remotamente ser poseído con una definición.

## § 20. Lo humano ante la nada

En ánimo de congruencia con lo expuesto hasta ahora, debe reconocerse que *la nada no es lo que se concibe de ella*. De tal modo, los párrafos anteriores no son más que un fallido intento de nombrar lo innombrable, de desentrañar lo que sólo es entraña y que no puede ser sacado a la luz.

Esto nos invita a asumir la desestructura originaria y relegar a un aspecto secundario todas las estructuraciones que hemos realizado como humanos. Al final, todas las instituciones en las cuales hemos depositado nuestras creencias, tiempo, esfuerzo, valor y dinero, no son más que ficción, no tienen un valor implícito, no cuentan una esencia por sí mismas, son algo que hemos construido a través de nuestra subjetivación de la realidad. Nuestros sistemas religiosos, educativos, políticos y económicos se han cimentado en aspectos como el interés, el beneficio o la ganancia de cualquier índole. Las pretensiones de nuestro gregarismo aluden a su propia fuente: vanidad, manipulación, control, ejercicio de poder, ideologización. Las instituciones son la mejor prueba de que los humanos hemos tratado de intervenir contra la nada y ésa es, a la vez, su comprobación más íntima.

Poco sabemos de las cosas que son y nada sabemos de la nada. Y como nada sabemos de la nada lo hemos construido todo en función de la ignorancia. El ser no es lo único que es. Las cosas son más que lo que sabemos de ellas, el humano es más que lo que hemos descubierto de él, el mundo no es lo que hemos supuesto. No sabemos

más que nada de la Nada. El hombre no conoce la absoluta nada, por estar envuelto en su propia insignificancia, tal como la oscuridad envuelve a la luna.

### Referencias

Heisig, James (2002). *Los filósofos de la Nada*. Barcelona, Herder, 2002.